

CAPITULO TERCERO

Las Epístolas de S. Pablo

Elas son el promontorio más avanzado donde podamos establecernos para sondear la niebla irisada que hurta a nuestras miradas los primeros tiempos de la fe.

P. L. Couchoud

I. Salvo las "Epístolas Pastorales", cuya autoridad defenderemos sumariamente, TODAS¹ LAS EPÍSTOLAS DE SAN PABLO SON HOY TENIDAS POR AUTÉNTICAS POR LOS HOMBRES COMPETENTES, juntamente con M. M. Harnack y Jülicher. Las negaciones de la escuela hipercrítica, tanto alemana como holandesa, ya no impresionan a nadie. Y sí, casualmente, se dirige un ataque contra la segunda carta a los Tesalonicenses o contra la circular dirigida a las iglesias de Asia, cuya metrópoli era Efeso, creyentes y racionalistas, lo declaran sin ambages: ni la doctrina, ni el estilo, ni el léxico, ni las costumbres del gran Apóstol, dan motivo serio para ello.²

Este hecho nos dispensa de enumerar los testimonios de la Tradición y de indicar las pruebas que aporta la crítica interna. Bastará, por consiguiente, que nos fijemos en las conclusiones:

1.^a) *Estos documentos son contemporáneos de la edad apostólica*, puesto que las dos epístolas a los Tesalonicenses deben datar del año 51; las grandes epís-

1. *Ad Hebraeos* no interesa a nuestra demostración.

2. Prat, *La Théologie de S. Paul*, pp. 6, 7, 14, Jacquier, *Etudes de critique et de philologie du N. T.*, pp. 140 y ss., 181-184.

tolas (Corintios, Galatas, Romanos), del período 56-57; las epístolas de la cautividad (Colosenses, Efesinos, Filipenses, Filemon), de 61-62; las epístolas pastorales, finalmente, de los últimos tiempos de san Pablo, alrededor del año 66.¹

2.^a) *Estos documentos son de un precio inestimable.* No solamente manifiestan las circunstancias exteriores y las necesidades de las iglesias que han motivado su envío y encargado su redacción, no solamente revelan sus creencias y sus prácticas en los principios, sino que forman en alguna manera la contraprueba de los Evangelios. Su dogmática presupone la vida de Jesucristo (I Cor. I 1-2, 22-24, XV 1-9, 1415, XI 23-26, Gal. II 20, III 1, III 1 IV 4. Philip 11 7-8); ella confirma las sentencias y la doctrina del Maestro (I Cor. IV 23, VII 10, IX 14, XV 50. Rom. VIII 15-7, XII 14, XIII 8-10, XIV 17. Gal. IV 1-7, V 12); la trama sobre la cual se despliegan sus luminosos desenvolvimientos, es nada menos que la catequesis de Cefas y de Santiago, la primitiva tradición judía (Gal. I 18-19). Y este argumento gana mucho en valor, y viene a ser irrefragable, cuando se considera como todo ello brilla en ráfagas de luz, de súbito, y a merced de las circunstancias: "Se queda uno estupefacto, hace notar justamente el P. Prat a propósito de Philip. 11 6: "qui cum in forma Dei esset; habitu inventus ut homo... afirmación esplendorosa de la divinidad de Cristo en un contexto que por otra parte se limita a consideraciones morales — siéntese uno asombrado de hallar esta doctrina sublime emitida como de paso, en un

¹ Prat. "Estas fechas han sido definitivamente confirmadas por una inscripción hallada en Delfos y publicada en 1905, por M. Emilio Bourguet, actualmente profesor en la Sorbona. El alcance de este documento en lo que mira a la cronología de la vida de san Pablo, ha sido ponderada en un principio por Ad.-J. Reinach, en 1907, en la *Revue des Etudes grecques*, p. 49, y reconocida después de él por los arqueólogos de todos los países". — "Las primeras (cartas de S. Pablo) son pues posteriores a la muerte de Cristo cerca de un cuarto de siglo: el tiempo que nos separa de la muerte de León XIII, del advenimiento de Pío X, del ministerio Combes, del final del régimen concordatario, del movimiento modernista". De Grandmaison.

trozo parenético, sin el secreto propósito de controversia, como si se tratara de un dogma vulgar, desde largo tiempo conocido y creído de todos, que basta recordar para sentar la base de una exhortación moral; hecho desconcertante en verdad y del todo inexplicable, si no se supone que la preexistencia de Cristo y la unión en su persona de la divinidad y de la humanidad formaban parte de la categoría apostólica y pertenecían a esos artículos elementales que ningún cristiano debía ignorar...¹

II. Esta convincente demostración, la crítica racionalista no la aplica A LAS TRES CARTAS A TIMOTEO Y A TITO llamadas Pastorales;² después de haber negado su autenticidad en bloque, después de haber reconocido en estas epístolas algunas largas zonas auténticas, retorna progresivamente a la opinión tradicional.

Los autores católicos enumeran y desenvuelven las causas de este retorno: incertidumbre y contradicciones de los negadores mismos;³ múltiples inverosimilitudes de un falsario y dificultades que suscita esta hipótesis; acuerdo de la más antigua tradición; relaciones naturales con las cartas admitidas sin discusión, sin señal alguna de imitación intencionada; diferencia de estas cartas con los escritos reconocidos apócrifos.⁴

Por lo demás, los radicales no insisten apenas hoy sobre la sola cuestión que nos interesa: la jerarquía desarrollada de las "Pastorales" se muestra allí en el estado más embrionario, si se la compara con la organización vigente desde el comienzo del siglo segundo,⁵ y esto basta para nuestra demostración.

1 Lemonnier. *Epîtres de S. Paul*, t. II, pp. 116-117. Prat, o. c., t. I, p. 455 ss.

2 "En una palabra, se puede afirmar, como lo hacía recientemente un autor anglicano, que estamos a punto de recobrar las Pastorales y que habíamos sido bien poco cuerdos al creerlas perdidas." Prat.

3 Cfr. Lemonnier, o. c., p. 121.

4 Cfr. Prat, o. c., pp. 468-469.

5 En este caso, estas cartas, que se dice haber sido fabricadas para promover la jerarquía naciente, lejos de realizar un progreso, habrían marcado un regreso años y años atrás.

* * *

MERCED A LAS «EPISTOLAS DE SAN PABLO»
A LOS «HECHOS DE LOS APOSTOLES»
Y A LOS EVANGELIOS SINOPTICOS,
NOS HALLAMOS, PUES, HISTORICAMENTE
BIEN DOCUMENTADOS
SOBRE JESUS, SU MISION Y SU PERSONALI-
DAD
CON DOCUMENTACION TAN ABUNDANTE Y
SEGURA
POR LO MENOS, COMO SOBRE CUALQUIERA
OTRA
GRAN FIGURA DEL MUNDO ANTIGUO

La Misión de Jesús

Jesús no es solamente un enviado del cielo,
un plenipotenciario divino;
es el legado de Dios por excelencia,
el Mesías o el Cristo.

CAPITULO PRIMERO

Jesús, fundador de la Iglesia católica es un enviado de Dios

Profecías y milagros verificados en los que reconocemos el valor de un prodigio porque no pueden ser explicados sin una intervención especial de Dios, autentican la legación divina de Jesús.

Que Jesús haya reivindicado el título y la función de legado, de plenipotenciario divino, el Evangelio lo testimonia en diversos lugares. En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu, el Maestro ordena a los apóstoles el enseñar a todas las naciones (Math. XXVIII 19-20). A él pertenece cumplir la promesa del Padre (Luc. XXIV, 49). El hombre que tiene fe en su palabra, se salvará; aquel que no cree, será condenado (Marc. XVI, 16): de donde Dios mismo regula su eterna sentencia según la actitud que cada uno adopta en relación con el mensaje y la promesa del heraldo de Nazareth.

Mas ¿Jesús estaba efectivamente acreditado por el cielo? Ahí tenemos el nudo del problema. Por cuanto el fundador de la Iglesia católica ha hecho patentes sus títulos, menester es examinarlos sin idea preconcebida. Y por cuanto todo se reduce a saber si las curaciones y las predicaciones que Cristo ha podido hacer tienen conexión con su pretendida misión, y si presentan, como se afirma, algún valor de señal sobrenatural, este estudio debe abarcar tres párrafos:

La Misión de Jesús

- I. El hecho de los milagros y de las profecias;
- II. Su conexión doctrinal;
- III. Su interpretación.

EL HECHO

PRODIGIOS

Se les puede agrupar en tres clases, según que conciernen a los ESPÍRITUS, a los HOMBRES o a la NATURALEZA.

a) Empeñando la lucha con las potencias malas que tienen la misión de destruir, porque el reino de Dios no progresará sino en la medida en que ellas serán vencidas. Jesús, desde el comienzo de su predicación, exorcisa un poseso en Cafarnaum (Marc. I 21-28. Luc. IV 33-37). — Entre los Gadarenienses (Gerasesenos), liberta a dos endemoniados que se ofrecían a su encuentro, tan furiosos que nadie osaba pasar por aquel camino (Matth. VIII 28-34; Marc. VI-20; Luc. VIII 26-39). — Un día después de la transfiguración, arroja un demonio que martizizaba a un pobre niño, y que magullaba a su víctima antes de abandonarla. (Marc. IX 13-28, Matth. XVII, 14-20. Luc. IX 37-43).

b) Una mujer aquejada de una pérdida de sangre desde doce años, recobra al solo contacto del vestido de Jesús, la salud que el hipnotismo, las pociones y penosas prácticas no le habían podido devolver. (Marc. V 24-34, Matth. IX 18-26, Luc. VIII 40-56).¹

¹ "Es aún hoy una pesada costumbre de Oriente llamar al lado de los enfermos el mayor número posible de médicos. El resultado es que sus ordenaciones—con frecuencia contradictorias—hacen sufrir mucho al paciente, que se gasta mucho dinero (mas es ello un pundonor para la familia testimoniar así su estimación), y que la enfermedad empeora; tres resultados experimentados por la hemorroisa." Lagrange *in o. c.*

— Algunas palabras curan aquí a un parálitico al que habían hecho descender con su camilla a través del techo, hasta a los pies del Señor (Matth. IX 1-8, Marc. 11 1-12, Luc. V 17-26), y más allá, a distancia, el criado de un centurión (VII 1-10). — Una pura imposición de manos (Matth. IX 27-31, XX 29-34, Marc. X, 46-52, Luc. XVIII 35-43), una aplicación de saliva (Marc. VIII, 22-26) un medio que el Evangelio no especifica (Matth. XII 22), devuelven la vista a seis ciegos uno de los cuales padecía de ceguera congénita. — En el curso de la misión galilea, después, durante el viaje hacia Jerusalén, once leprosos se ven curados de su enfermedad: su piel, corroída por las pústulas y recubierta de escamas, queda instantáneamente limpia y sana (Matth. VIII 1-4, Marc. I 40-50, Luc. V 12-16, XVII 12). — Y para rematar esa hilera de miserias humanas, he ahí al hijo de la viuda de Naim, que es llevado al cementerio, y la hija de Jairo que acaba de morir; el Cristo los llama y vuelven a la vida. (Luc. VII 2-17, VIII 40-56. Matth. IX, 18-26, Marc. V 21-43.

c) Ved esa higuera seca hasta las raíces; ayer aún estaba verde y frondosa, mas Cristo la ha maldecido. (Matth. XXI 18-19, Marc. XI 12-14, 20-22.) El manda de modo soberano, a la naturaleza.—En la llanura de Bethsaida, cinco panes y dos peces bendecidos por él alimentan a cinco mil hombres. (Matth. XIV, 13-21, Marc. VI 34-44, Luc. IX 10-17). — Otra vez, Pedro, obedeciendo a su Maestro va a buscar en la boca de un pez la moneda que piden los colectores del impuesto del Templo (Matth. XVII 24-27).—En alta mar, con ocasión de que el trabajo de noche, el más favorable por lo tanto, ha sido vano, un gesto y una palabra del Salvador aseguran a los apóstoles, ya amanecido, una pesca milagrosa (Luc. V 4-11).—Valerosos son los Doce, todos o casi todos marineros curtidos por el sol y por el aire. Si, pues, una tempestad les sobrecoge de angustia

y les mantiene temblorosos, ha de ser, pues, alarmante; basta con todo que Jesús amenace al viento y dé una orden a las olas, para que se apacigüen al momento. (Matth VIII 18-27, Marc. IV 35-41, Luc. VIII 22-25).

* * *

Lástima grande que no podamos continuar estableciendo hechos uno tras de otro, lo cual confunde en tan alto grado a los negadores de lo sobrenatural: "En ciertos casos, lo confiesa M. Harnack, es decir con respecto a los milagros concretos, queda siempre (para el racionalista) la incertidumbre".¹ Mas como es hora ya de probar directamente la divinidad de Cristo, y de terminar así sin rodeos la conclusión de nuestra obra, remitimos al lector a los extensos comentarios de los Sinópticos,² a la lectura de ciertos libros especiales,³ y vamos a demostrar en sus líneas generales

LA HISTORICIDAD DE LOS MILAGROS EVANGÉLICOS

Si las pruebas de la realidad de los milagros de Nuestro Señor no hubieran parecido enteramente satisfactorias a aquellos que disponían de los mejores medios para juzgarlos, la Iglesia Católica no habría vivido durante un solo año después de la crucifixión de Jesús.

J. H. Bernard

PRUEBAS NEGATIVAS

1. Que no se sostenga a priori que "un relato sobrenatural no puede ser admitido como tal, que implica siempre credulidad o impostura."⁴ No, ello sería resol-

¹ *L'Essence du Christianisme.*

² Lagrange. — *Évangile selon S. Marc., Évangile selon S. Luc., Évangile selon S. Matthieu.*

³ Fillion. — *Les Miracles de N. S. J. C.* — Jacquier, *Les Miracles évangéliques.*

⁴ Renán. — *Hist. des orig. du Christ*, I, p. XCVIII.

ver un problema de historia *por medios que nada tienen de históricos*, y he ahí ciertamente un procedimiento que no es racional.

Sin embargo, nuestros adversarios lo aceptan y lo ponen en práctica. Strauss lo ha reconocido. "Se halla frecuentemente, dice, en los escritos de los teólogos, librepensadores, la seguridad de que sus investigaciones reposan sobre un interés puramente histórico. ¡Respeto a la palabra de estos señores! Mas, por lo que a mí se refiere, veo lo que afirman como una cosa imposible; y si hasta el hecho era verdadero, sabría considerarlo como digno de elogio. Aquel que escribe sobre los monarcas de Nínive o sobre los Faraones egipcios, puede en verdad obedecer al puro interés histórico. Mas, el cristianismo es una fuerza tan viva, y la cuestión de saber cuáles son sus orígenes encierra en sí misma consecuencias tan decisivas para el presente más inmediato, que sería menester considerar como tocado de estupidez al investigador que no tuviera en el estudio de esta cuestión sino un interés histórico... No, esos sabios aludidos deben reconocer conmigo que nuestro propósito no está en reconstruir una historia pasada, sino en trabajar sin descanso para libertar al espíritu humano del yugo espiritual que le ha oprimido hasta aquí." ¹ Y, más cerca de nosotros, M. Loisy, escribía hace quince años: "Para explicar a Jesús ante la razón, como para explicar cualquier personaje o fenómeno de la historia, una fórmula es indispensable que no puede ser puramente histórica, más que estar en relación con la filosofía particular de cada uno." ²

2.—"¡Filosofía particular!" Palabra aparatosa, *simple expediente*. Entre las "filosofías particulares", altamente discutibles y discutidas de hecho y los principios generales de la filosofía humana, universal, que no rechazan lo sobrenatural y su intervención a título ex-

1 D. Strauss, *Vie de Jésus pour le peuple allemand*, pp. XIII-XIV, traducida por Fr. Godet, Intr. al N. T.

2 *Hibbert Journal*, abril, 1910.

cepcional en el determinismo de la naturaleza, media un abismo. Porque lo hemos probado ya,¹ se nos permitirá sin duda que no propongamos aquí sino un modesto apólogo.

En el seno de la tierra vivía un gnomo. Cuando un día salió de su escondrijo; a través de grietas y resquebrajaduras, encaramóse hasta la superficie del globo, para ver y consultar a los hombres que poseían, se le había dicho, un tesoro más digno de ser deseado que las piedras preciosas y los metales raros de lo que él mismo se enorgullecía: la Sabiduría. Muy honrados con su visita, los filósofos le hicieron sentarse en su escuela; fueron desarrollando inmensos enigmas, desenvolvieron silogismos bajo todas sus formas, hasta en la de sorites y epiqueremas, en número tal y tan bien que el cerebro del gnomo no dejó filtrarse en él sino un solo principio entre toda esa ostentación de ciencia, principio que le convendrá más meditarlo bajo la costra terrestre: todo lo que brilla no es oro. En el viaje de regreso, nuestro Cresus se repitió el aforismo, desde la primera palabra a la última y desde la última a la primera. Mas la memoria, oh, es corta. Una vez vióse de nuevo en sus dominios, a la vista de sus riquezas, el gnomo palideció. Esto que brilla no es oro, murmuró. Y con la serena majestad del sabio que se cree infalible, tomó los cascotes brillantes y los cuerpos fulgurantes, toda la alegría y prez de su vida, y con un franco ademán, los precipitó como cosa ilusoria en el fondo de un abismo de donde nadie los sacara a relucir más...

Ahora bien, con perdón sea dicho, los racionalistas se parecen mucho a este gnomo. Porque la crítica les enseña que todos los hechos milagrosos no son históricos y que la propensión de los hombres por lo maravilloso y su sujeción a numerosas causas de error deben volver nuestras averiguaciones atentas y severas,

1. *Los fundamentos de la fe; La Iglesia de Jesús.*

proclaman, con demasiada rigidez este apotegma, y a la larga, lo deforman: los hechos milagrosos no son históricos. M. Harnack mismo recrimina a semejantes sofistas. “¡Oh, siempre las maravillas y los relatos de milagros! Muchos son los críticos que con Strauss se han dejado espantar por ellos, escribe, hasta el punto de tomar pretexto de los mismos para negar en bloque la credibilidad de los evangelios. Mas la ciencia histórica ha hecho aún, durante la última generación, este gran progreso de aprender a tratar estos relatos con más inteligencia y simpatía: también puede ella reconocer un valor documental apreciable, hasta en los relatos de los milagros.”¹

¿Qué dirían por otra parte estos señores, de un creyente que razonara así: Existen verdaderos milagros, es ello un punto de doctrina cierto, luego todo lo que refieren las leyendas hagiográficas ha tenido cumplimiento? Se admiraría, dice el P. de Tonquédec, un salto tan vertiginoso del pensamiento, una caída tan completa en el absurdo. Sin embargo, esta posición, inversa de la que escribimos, le es exactamente simétrica.

3. Por lo demás, la opinión preconcebida de los críticos da lugar a chistosas contradicciones. Paulus, hoy tan olvidado, interpreta de una manera puramente natural los relatos maravillosos de los Sinópticos; los deforma: la marcha sobre las aguas viene a ser para él un paseo por las riberas del lago, y el lodo que sana al ciego de nacimiento es un colirio infalible. Renán y Loisy retienen lo que la “faith-healing” podría tal vez explicar. Harnack añade allí algunas curaciones de orden fisiológico; mas los tres rechazan juntamente los milagros cósmicos,² hasta cuando son como la multi-

1 *L'Essence du christianisme*, p. 37.

2 Si uno se atiene a los textos y a la crítica histórica, parece absolutamente arbitrario distinguir las curaciones de Jesús en dos categorías de las cuales una hubiera podido ser obrada por la sugestión y la fe, y que sería pues “histórica”, y la otra, comprendiendo males incurables por tales medios, pertenecería a la leyenda. Todas estas curaciones, históricamente, descansan sobre el mismo plano; digo “histórica-

plicación de los panes cuya relación deriva de dos tradiciones paralelas, aún mejor atestiguados que las taumaturgias.¹

Muchos racionalistas no admiten prodigio alguno. —Todos ellos no son sino mitos! sugieren unos, olvidando que es menester para la elaboración del mito un tiempo considerable y que la catequesis apostólica, esta trama de los Evangelios, se ha sucedido casi inmediatamente al ministerio y a la muerte de Jesucristo.— Adaptaciones del Antiguo Testamento! proponen otros. Mas puestos en vena de inventar, ¿por qué el genio judío no ha imaginado en provecho del Maestro prodigios que sobrepusiesen a las obras de Elías, de Eliseo, de Daniel, simples precursores del Mesías?—Y que se nos explique, pues, sin milagros la fe de los discípulos, el encono de los adversarios. Con esta dificultad se estrellan también los defensores del simbolismo para quienes la barca dentro de la tempestad figura la Iglesia abandonada a la Providencia, la multiplicación de los panes muestra claramente cuál es la fuerza vital del cristianismo, y la curación de ciegos y de sordos parece no ser sino una invitación urgente a recibir la luz y la palabra de Dios...

¡A estos sabios, en desacuerdo, oponemos sólidas

PRUEBAS POSITIVAS

1. LA CRÍTICA LITERARIA muestra hasta qué punto los milagros hállanse tejidos en la trama de los Sinópti-

mente”, es decir, si se juzga por los testimonios autorizados. Menester es pues, o bien admitir el bloque, o bien rechazar el bloque, porque es históricamente homogéneo. Si se le admite, es preciso renunciar a toda explicación científica, y no decir que las curaciones son menos creíbles que las resurrecciones de muertos y los milagros cósmicos; si se le rechaza, es necesario declarar, como ciertos radicales de otro tiempo, que todos los testimonios no valen nada. Esto fuera, hoy, ponerse en una postura muy comprometida frente por frente de la crítica histórica. Allo. *Les miracles de l'Évangile*.

1. “Juzgando de conformidad con los procedimientos de la crítica, confiesa un protestante liberal, M. Schmiedel, el ministerio de las curaciones descansa sobre un terreno histórico tan sólido como las partes mejor acreditadas de las enseñanzas del Salvador.” *Encyclopedia biblica* de Cheyne Art. *Jésus*.

cos. Los primeros milagros, y especialmente los exorcismos, apoyan la predicación del reino. Los del segundo ciclo atraen a la multitud, ayudan a Jesús a hacer entre ella una selección, porque van encaminados a enseñar (Marc. VIII 13-21). Los últimos preparan la manifestación mesiánica. Entresacadlos, y no tendréis de los Evangelios sino jirones incoherentes.

Mas ¿por qué entresacarlos? Su marca histórica es muy señalada.. Mateo, el testigo ocular, Marcos, el intérprete de Cefas, Lucas, tan cuidadoso de la verdad, los refieren con tanta gravedad como los otros hechos y dichos del Señor, y a pesar de la divergencia de algunos pormenores que manifiestan la independencia de las fuentes consultadas, están de común acuerdo en todos los rasgos esenciales.

Nada se percibe en ellos de ficticio. Jesús no levanta como Wistaspa, un magnífico palacio en la cima de un árbol; no pone en su alforja, a ejemplo de Buda, un dragón arrojando llamas; no manda emprender el vuelo a los pájaros de arcilla, tal como nos lo narran los apócrifos: no, lo sobrenatural de los Sinópticos respira nobleza y sobriedad.

2. LA CRÍTICA TEXTUAL refuerza aún estos argumentos. Seis milagros se hallan referidos por dos evangelios, diez y seis por tres evangelistas, ¿quién lo diría? "en lugar de surgir aquí y allí, a la manera de bloques erráticos, depositados por un alud geológico reciente en la superficie de los relatos, *los prodigios más inauditos, los más "imposibles"*, saturan igualmente la doble, la triple sinopsis.¹ Tan alto como pueda uno remontarse, por conjetura, en las tradiciones subyacentes a las narraciones, se les halla, tal como figuran en estos frag-

1 Se ha pretendido alguna vez en el campo racionalista que lo que se llama el núcleo primitivo de los evangelios no habría contenido milagro alguno. Mas un protestante liberal, M. Heitmüller, lo reconoce: "el más antiguo de nuestros evangelios, el de Marcos, es—abstracción hecha de la permanencia en Jerusalén y del relato de la Pasión—poco más o menos una larga serie de relatos de curaciones y de otros hechos maravillosos, interrumpidos solamente aquí y allí por discursos de Jesús"

mentos de los "Hechos de los Apóstoles" escritos en la primera persona (Wirstücke), en donde todos los críticos reconocen trozos de un diario de viaje redactado por testigo ocular. Las distinciones racionalistas entre milagros y milagros no tienen, pues, fundamento alguno en la historia." ¹

3. Finalmente, LA CRÍTICA PSICOLÓGICA viene a confirmar estas pruebas. Si se vacía el Evangelio de su contenido milagroso o si se reducen los prodigios a las proporciones de simples hechos naturales, al punto la aureola de Jesús palidece y se extingue. Jesús se había presentado como Mesías e hijo de Dios; más, desde el punto de vista judío la crucifixión ha desmentido sus pretensiones. El triunfo del Sanedrín le imprime para siempre una odiosa marchitez. He aquí que de su obra, no quedan más que ilusiones perdidas y quimeras desvanecidas—¿y se quiere que este hombre haya provocado la *fe de los Apóstoles* (Matth., XIV 33), una fe que a no tardar despreciará las amenazas, afrontará los suplicios y desafiará a la muerte? Y había atraído, cautivado a las multitudes, solamente por su doctrina austera? (Matth. IX 25, Luc. IV 40).² Y ¿cómo sus enemigos

¹ De Grandmaison, *o. c.*, col. 1448-1449.

² Las multitudes son crédulas: ¿no han ellas creído en los "milagros" de Esculapio y de Apolonio de Tiana, de Buda y de Mahoma? Perfectamente. Solamente que esa comparación no se tiene en pie.

1.º) Una cosa es admitir lo que se rumorea, y otra imaginarse que uno ve con sus ojos verdaderos ciegos que recobran la vista, verdaderos paralíticos que se levantan y emprenden la marcha, verdaderos muertos que vuelven a la vida, y esto no una o dos veces, sino casi habitualmente; porque los Sinópticos, los Hechos, las Epístolas de S. Pablo (Rom. XV, 19) lo establecen sin dificultad: los primeros cristianos vivían en una atmósfera de milagros, milagros concretos, terrestres, públicos y de fácil comprobación. No les bastaba pues ser crédulos; debían, para adquirir una tal persuasión, sufrir aún la más profunda de las ilusiones colectivas. (Cfr. Allo, *o. c.*, p. 23.)

2.º) La crítica atribuye a nuestros libros santos un valor de historicidad que no reconoce a los documentos que relatan los hechos maravillosos del paganismo. En efecto, lo hemos demostrado cumplidamente en el tomo primero de esta obra: "La Iglesia de Jesús": los ex-votos de Epidauro, la vida de Apolonio de Tiana, la leyenda de Buda, los fastos islámicos, contienen más historias que no historia. Y si otros "prodigios" son referidos por historiadores verídicos, como las curaciones que habría hecho el emperador Vespasiano, dependen de una explicación natural. (Véase Tácito, "Annal." IV, 81.)

Así, el método comparativo, dispuesto con imparcialidad, viene a dar en una conclusión apologetica.

mismos han podido creer en su poder de taumaturgo (Matth. XII 38, XIV 1-2)? ¿por qué no se levantan contra la imprudente afirmación de Pedro: "Dios ha rendido testimonio delante de vosotros a favor de Jesús de Nazaret por medio de milagros, de prodigios y de señales, los ha obrado por medio de él en medio de vosotros, como lo sabéis"? (Act. II 22).—Nadie intentó contradecirlo.

* * *

Los hechos milagrosos están, pues, históricamente establecidos y, no menos, vamos a probarlo, ciertas palabras proféticas de Cristo, de las cuales unas conciernen a su propia persona, las otras, a su reino, muchas, a la gran catástrofe hierosolimitana.

PROFECIAS

a) Durante su ministerio galileo, el Maestro había dejado deslizar en sus discursos una alusión a los DÍAS SOMBRÍOS que vendrían sobre él como habían venido ya para los discípulos del Bautista (Matth. IX, 15, Marc. II, 19-20, Luc. V. 34-35). Mas después de la confesión de Cesarea, ahora que sus discípulos le conocen y saben lo que él es, se expresa abiertamente. "Es menester que el Hijo del hombre sufra mucho y que sea rechazado por los ancianos, por los príncipes de los sacerdotes y los escribas, que sea *sentenciado a muerte*, y que *resucite* al tercer día." (Matth. XVI 21, VIII, 31, Luc. IX, 22). Jesús renueva este anuncio, descendiendo del Tabor (Matth., XVII 9, Marc. IX, 9-14, 30-32). Lo repite a los doce, una tercera vez, "sobre las laderas abarrancadas en las moles de caliza blanca, que se extienden desde el río a (Jericó) la ciudad de las palmeras";¹ mas añade que los jefes religiosos *le entregarán a los paganos, le ultrajarán, le escupirán al rostro y le flagelarán*. Y todo esto ¿con qué designio? A fin de que sirva de *rescate*. (Matth, XX 17-19, 22, 28,

¹ Rose *in o. c.*

Marc. X, 32-35, 38, 45). Bien pronto insinúa que el sepulcro recibirá su cuerpo que no habrá tenido otra *unción* que la de la Magdalena. Judas va a traicionarle, y Pedro *a negarle* antes del alba (Marc. XIV, 6-9, 17-26, 27-32. Matth. XXVI 12-23-25, Luc. XXII, 21-23, 34).

b) Con respecto al REINO, Cristo profetiza su *extensión progresiva*: "acontece con él como un hombre que echa la simiente en la tierra. Duerme y se levanta, y la simiente germina y crece sin que sepa cómo" (Marc. IV 26-34, Matth XIII 31, 32, Luc. XIII 18-19). Grano de mostaza, subirá, dará ramas y su follaje se extenderá *hasta los confines del mundo* (Matth. XXVIII 19. Luc. XXIV 47). Mas antes, es menester que el pueblo judío sea repudiado y herido de un castigo terrible. Por no haber venido al festín de las bodas, este invitado de predilección, verá su ciudad entregada a las llamas por los soldados del rey y él mismo será arrojado lejos. (Matth. XXII 7-8, Marc. XII 1-12). Entonces, patria inmensa de almas... en modo alguno secta esotérica abierta sólo a algunos iniciados, u orden o congregación reclutada entre una selección, el *reino* abrazará buenos y malos, fieles e impíos". (Matth. XIII 24-30, 47-49). Esta amplitud de acogida le valdrá *hartas pruebas*, los falsos profetas adentro, y afuera las persecuciones violentas o solapadas. (Matth. VII 15, 21-24, X 16-18, XXIV 9-22, Marc XIII 9-13, Luc. XXI 12-13, XIII 11-19). Confianza sin embargo. *La presencia misteriosa y personal de Jesús* entre los que le invocan, su *supervivencia mística* en hombres investidos de su autoridad y participando de su poder de enseñar y perdonar, he ahí lo que garantiza el feliz éxito decisivo (Luc. X, 16, Matth. X, 40, XVIII 18): "hay un gran placer, decía Pascal, hallarse en un bajel batido por el temporal, cuando se está seguro de que no naufragará. Las persecuciones que trabajan a la Iglesia son de esta naturaleza." *No, las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* (Matth. XVI; 18). Satán se complacerá en reclamar a los discípulos a fin de que sean pasados por

el cedazo como el trigo. "Simón, Simón ...yo he rogado por ti, con el objeto de que tu fe no desfallezca; y tú, cuando te habrás convertido, fortalece a tus hermanos." (Luc. XXII, 31-33).

c) He ahí finalmente el anuncio del CATACLISMO DEL AÑO 70. El miércoles antes de la Pasión, los Apóstoles se extasiaban delante de la fachada exterior del templo, "enteramente cubierto de láminas de oro tan espesas que, desde que el día empezaba a clarear, relumbraba como si fuera los rayos mismos del sol"; y admiraban ellos también sin duda los lados del edificio, "tan blancos, que aquella soberbia masa parecía de lejos, a los extranjeros que no la habían visto aún, una montaña cubierta de nieve."—"Maestro, mira... exclama uno de ellos. ¡Qué piedras y que fábrica!" Y Cristo le dió por respuesta: "¿Ves esas magníficas construcciones? No quedará piedra sobre piedra". (Matth. XXIV 1-2, Marc. XIII, 1-2). Los Doce, estupefactos, ansían pormenores: "Maestro, ¿cuándo sucederá eso?" Entonces Jesús enumera las *señales predecesoras* de la gran catástrofe. Muchos falsos Mesías seducirán a las gentes. (Matth. v. 5; Marc. v. 6; Luc. v. 8). Las guerras desolarán la Palestina y las inmediaciones, con temblores de tierra, la peste y el hambre (Matth. v. 7; Marc. v. 8; Luc. vv. 10-11). Se desencadenará una persecución contra los fieles. (Matth. vv. 9-10, Marc. vv. 9-12, Luc. v. 12). Después vendrá el fin. Las banderas romanas serán paseadas por el Templo, y allí los soldados ofrecerán sacrificios a las efigies de los emperadores. Los judíos caerán en masa al filo de la espada: mientras que otros, hechos prisioneros, irán a aumentar los mercados de esclavos. La ciudad santa sufrirá durante un tiempo la dominación de los gentiles. (Matth. vv. 15-20, Marc. vv. 14-18, 20-24.)

Así hablan los textos, pero

LA HISTORICIDAD DE LAS PROFECIAS

que estos textos comportan, los racionalistas no quieren, sin embargo, resolverse a admitirla.

Aquí también se trata en primer término de

PRUEBAS NEGATIVAS

1. Fundadas como las que se oponen al milagro, en un PREJUICIO DE ORDEN FILOSÓFICO: no hay, dicen, no puede haber percepción de acontecimientos futuros porque ella supone una comunicación divina hecha al hombre, y Dios no revela nunca nada. Si, pues, los sinópticos ponen en boca de Jesús predicciones con respecto a su pasión y a su muerte, es que cuentan la historia en modo futuro, es que han calcado sus relatos sobre hechos ya transcurridos.

No tenemos por qué detenernos en refutar este sofisma por lo mismo que se inspira en una filosofía falsa.¹

2. Mas examinemos las RAZONES LITERARIAS en virtud de las cuales M. Loisy lo ha sostenido de nuevo. Según él, Marcos, queriendo responder a las preocupaciones de las primeras generaciones cristianas, ha buscado y hallado soluciones en las teorías de su maestro san Pablo sobre la muerte expiatoria y redentora de Cristo; después, esos pensamientos paulinianos, los ha atribuído libremente a Jesús, prestándole así el conocimiento del porvenir.² Sin desconfianza alguna, Mateo y Lucas le han después copiado.

¡Qué serie de hipótesis! Marcos sería el primer evangelista y los otros dependerían de él; Marcos tendría el alma muy pérfida, porque un escritor honrado no inventa las piezas, no interpola declaraciones tendenciosas. Marcos llevaría hasta el fanatismo el culto de san Pablo;

1. Pablo Buysse, *Los fundamentos de la Fe*.

2. Argumento particular — Comparad Marc. X 45 con I Tim. II 5-6. Este último texto es de una bella greccidad; el evangelista escribe una lengua mediocre: no ha pues copiado al Apóstol sino traducido literalmente el prototipo arameo, el logion pronunciado por Jesús.

mas, además de que su paulinismo se reduce a la copia de ciertas fórmulas felizmente traducidas en griego por el apóstol,¹ éste debe a los Doce, a su tradición, a la catequesis primitiva—lo declara él expresamente (I Cor. XV 1-12),—sus enseñanzas sobre la muerte expiatoria y redentora de Jesús, y la predica de conformidad con Cefas, Santiago y el colegio apostólico todo entero.—Esto fuera suponer en el Evangelista una habilidad que no tiene.

PRUEBAS POSITIVAS

1. Por una parte, al redactar las predicciones que conciernen a los SUFRIMIENTOS Y A LA MUERTE DE CRISTO, a un falsario no se le hubiera ocurrido, nos parece, inventar la tristeza y el espanto de la caravana camino de Jerusalén. (Marc. X, 32), ni la admirable lección del renunciamiento a sí mismo; de la humildad, del sacrificio que llega hasta tomar la cruz en seguimiento del Maestro (VIII, 34-39), ni mucho menos aún lo protestación contra el amor demasiado humano de Pedro: Vade retro, Satana. (VIII 33). Por otra parte, “tres anuncios acompañados de un mismo contexto, de una redacción idéntica, uniformemente datados y situados, en tres evangelios tan libres de andares, y discordantes por otra parte”² ¿no son ellos mismos excelentes criterios internos de autenticidad?

2. Ahora bien, esta concordancia comprende igualmente a las predicciones de Cristo concernientes AL REINO—, en primer término, las profecías universalistas de las que nuestra discusión de Matth. XXVIII 18-20 garantiza uno de los textos principales—y aquellas del tercer grupo que presagian y describen LA RUINA DE JERUSALÉN.

Si Marcos (XII 41 a XIII), Mateo (XXIV) y Lucas

¹ Véase nuestro estudio acerca de los Sinópticos.

² Rose.

(XXI) las expresan con la intensidad más dramática; las palabras del Salvador a las mujeres de la ciudad santa (Luc. XXIII 28-31), su llanto sobre esta ciudad infiel (Matth. XXIII, 35-38), la parábola de los viñadores homicidas (XXI, 33-34), las de las invitaciones rechazadas, del árbol infructuoso y de los vasallos en rebelión (Luc. XIV 16-2, XIX, 12-27) las manifiestan también, de tal suerte que los sinópticos se hallan por decirlo así saturados de aquellos presagios, y *quedarían reducidos a polvo y se desparramarían a todos los vientos* si se intentaba arrancarles los anuncios del cataclismo nacional.

Pero, si es así, ¿no es cierto que se explican perfectamente el discurso de Esteban que profetizaba la destrucción del Templo (Act. VI 14), y la huida de los cristianos a Pella, al otro lado del Jordán, desde el año 67, en las proximidades del sitio? ¹

El argumento es perentorio. Constríne a los Weiss,² a los Wendt, a los O. Holtzmann, a los Verne, a los Stapfer, a los Wernle, a los Welhausen, a los Schmiedel, a todo el estado mayor racionalista, a la confesión que las predicciones de Cristo sobre la suerte de Jerusalén son, globalmente, auténticas; y M. Loisy mismo les concede "un punto de partida" en las enseñanzas del Salvador.

* * *

Los hechos ya sentados, nos es menester probar en segundo lugar que guardan un estrecho lazo con la persona, la doctrina y la misión de Jesús.

¹ Eusebio H. E. III V. S. Epifanio, *Har.* XXIV, 7.

² Toda duda acerca de la autenticidad de esta declaración profética debe de ser descartada... Si Marcos ha escrito después de la ruina de Jerusalén, ¿cómo la profecía que refiere no contiene absolutamente nada que refleje el acontecimiento verificado, porque en realidad el templo ha sido destruido por el fuego y no por mano de hombre?" *Das Leben Jesu*, 1902, II, p. 439.

II

LA CONEXION DOCTRINAL

Que Cristo haya querido realizar sus

MILAGROS

como señales que autenticarían sus pretensiones de enviado de Dios entre los hombres, el Evangelio lo demuestra sin dificultad.

1. Las declaraciones de Jesús son formales sobre este punto. "¿Sois vos aquél que debe venir o debemos esperar otro?" le preguntan los discípulos del Bautista. En aquellos momentos, curaba un gran número de personas afligidas por la falta de salud, por las enfermedades o los espíritus malignos; realiza la obra mesiánica tal como la describió el profeta (Is. XXX, 5-6, LXI, 1). Luego responde a los enviados: "Id, referid a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son purificados, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados. ¡Dichoso aquél que no se escandaliza de mí!" (Luc., VII, 20-23; Cfr. Matth., XI, 2-6.)¹

Más tarde, "con el objeto de que sepáis que el Hijo del hombre tiene, sobre la tierra, el poder de remitir los pecados: yo te lo mando (dice al paralítico), levántate, toma tu lecho y ve a tu casa". (Marc., II, 9-10; Matth., IX, 1-8; Luc., V, 17-26). En dos ocasiones con la mira de mostrar que puede interpretar las leyes del

1 "Juan conocía los milagros de Jesús, y Jesús le remite a los milagros. ¿Dónde está la fuerza del argumento? En la opinión de entonces—a juzgar por los apócrifos y el rabinismo posterior—el don de los milagros no era en sí mismo uno de los caracteres del Mesías. Juan podía, pues, pensar que Jesús no asumía o tomaba el oficio y la función. Mas Jesús invita a Juan a reflexionar ahí agrupándolos en términos que recuerdan las profecías mesiánicas. Cumplía pues, por lo menos en parte, el oficio de Mesías; no tenía sino que atenerse a él para lo demás." Lagrange, *in o. c.*

Señor, cura, un día de sábado, ya a una mujer poseída, ya a un hombre hidrópico (Luc., XIII, 10-17; XIV, 1-6). — Y porque Cafarnaún, Bethsaida y Corizain no comprenden la significación de sus milagros, les amenaza, les maldice (Matth., XI, 21-23; Luc., 13-15).¹

2. Muchos observan, sin embargo, que existe una conexión entre los prodigios de Jesús y la misión que reivindica. Aquellos que le ven libertar por vez primera a un poseso, se sienten enteramente poseídos de estupor y se preguntan unos a otros: “¿Quién es éste? ¿Qué nueva doctrina es esta? ¿Manda con imperio hasta a los espíritus impuros y éstos le obedecen! Y su nombradía se esparce luego por toda la Galilea y sus alrededores” (Marc., I, 27; Luc., IV, 33-37). A la vista del tullido que se levantó curado, la multitud glorifica a Dios que da un tal poder a los hombres (Matth., IX, 8; Marc., II, 12; Luc., V, 26). Cuando su Maestro apacigua la tempestad, los discípulos se prosternan delante de él y le llaman Hijo de Dios (Matth., XIV, 33). Finalmente, léase una y otra vez la catequesis apostólica: invoca el milagro, y lo propone a las almas de buena voluntad como un argumento perentorio (Act., I, 22; II, 32-37; I Cor., XV, 14-18).

En cuanto a las

PROFECIAS

es cierto que tienen para nosotros una *relación evidente* con la doctrina y la persona de Cristo, puesto que unas sirven admirablemente para dar al Mesías su fisonomía verdadera, otras determinan el valor de su obra, el establecimiento de su Iglesia en el universo entero, la condición de sus fieles entre los hombres o aún el triunfo futuro del cristianismo, y las que pertenecen al tercer grupo muestran con qué castigos Dios puede herir la resistencia al mensaje evangélico.

¹ “La predicción llegó a verificarse tan bien que los arqueólogos de hoy en día no están concordes en identificar, no digo sus ruinas (“*etiam periere ruinæ*”), sino hasta su emplazamiento preciso.” Durand *in o. c.*

Todas son, por otra parte, un *criterium* que, mejor que el milagro, permite a los contemporáneos pronunciarse sobre las pretensiones inauditas del Maestro Galileo. Si los videntes de Israel empezaban por estas palabras: He aquí lo que Dios ha dicho, él, osa hablar en su nombre personal: *ego autem dico vobis*: y tal es su convicción de traer al problema religioso una solución definitiva que llega hasta ponerlas sobre el cielo y la tierra: estos pasarán, mas sus propias palabras, durarán eternamente. (Marc. XIII 31, Matth. XXIV 35, Luc. XXI 33).

También nos urge interpretar esas predicciones y esos prodigios a los cuales Cristo atribuía el valor de una señal,¹ e indicar finalmente su significado preciso.

III

LA SIGNIFICACION

En primer lugar,

LOS MILAGROS

del Evangelio pueden atribuirse a las fuerzas de la naturaleza?

A.) Después del estudio que hemos hecho de los acontecimientos de Lourdes, no se trata ya en esta demostración global de las FUERZAS DESCONOCIDAS que Jesús habría puesto en juego según su beneplácito, y

¹ "En efecto, el Cristo que no parece nunca haberse desasosegado por las objeciones que suscitaba su calidad de Galileo con relación al cumplimiento de las profecías (Matth. XII 38, XVI 4, Luc. XI 16), el que por otra parte rehusó siempre resueltamente obrar milagros, a pesar de la insistencia de los detractores, que reclamaban una señal en el cielo, el mismo Jesús pone un cuidado celoso en vindicar sus milagros de las insinuaciones especiosas de los Fariseos rencorosos y formalistas..." Tual. *Jésus-Christ son propre apologiste*, p. 104. Cfr. Matth. XII 9-14, 22-28, Marc. III 1-6, 22-30, Luc. VI 6-11, XI 17-20, XIII 10-17, XIV 1-6.)

frecuentemente en medio de las circunstancias más diferentes y de una manera instantánea.¹

B.) Se trata, pues, de los PROCEDIMIENTOS TERAPÉUTICOS. *Mas no se cuenten entre éstos algunos granos de polvo mojado con saliva ni un rápido toque*, los solos remedios que se hallan en manos del Maestro; y de golpe los racionalistas nos ponen delante uno de las famosas papeleras donde se echan los documentos que no pueden clasificarse: la histeria, cuando se habla de psiquiatría, y la sugestión si se trata de una curación maravillosa. Dice así Renán: “La medicina científica fundada después de cinco siglos en Grecia era, en la época de Jesús, poco menos que desconocida de los Judíos de Palestina. En tal estado de conocimientos, la presencia de un hombre superior tratando al enfermo con dulzura, y dándole, con algunas señales visibles, la seguridad de su restablecimiento, es frecuentemente un remedio decisivo. ¿Quién osaría decir que en muchos casos, y fuera de lesiones enteramente caracterizadas, el contacto de una persona exquisita no vale tanto como los recursos de la farmacia? Con el placer de verla sana, ella da lo que puede, una sonrisa, una esperanza, y esto no es en vano.”² Influencia moral del taumaturgo, dicen unos; la fe que sana, dicen otros—en una palabra, sugestión bien sea recibida de fuera, bien alimentada en el fondo de sí mismo, hetero o auto-sugestión.

Ahora bien, 1.º) *las condiciones esenciales que los psicoterapeutas reclaman para el tratamiento hetero-su-*

1 Los elementos de este estudio hacen fácil, a quien quiere emprenderle, una triple demostración: 1.º) Es inverosímil que el Cristo de los racionalistas—puro hombre—haya conocido esas energías que son cosa ignorada hasta hoy, y sobre todo que haya podido disponer de ellas a su manera. 2.º) Una inducción fundamentada en millares de hechos, bajo todos los cielos, en todos los tiempos, demuestra que ciertas fuerzas o ciertas inercias que Jesús ha contrapesado, detenido, desbaratado, son naturalmente irreversibles: una tempestad no se calma instantáneamente, las olas no sostienen la marcha de un hombre, un muerto no resucita según mandato que se dé, la voz humana no multiplica las substancias materiales ni mata tampoco el bacilo de la lepra, etc. 3.º) Las fuerzas naturales desconocidas capaces, en una ocasión, de contradecir las leyes que nuestros sabios han establecido, son meras entidades verbales: Verba et voces praeterea que nihil.—Cfr. *La Iglesia de Jesús*.

2 Renán, *Vie de Jésus*, 30.ª ed., 270-287.

gesivo, no se hallan en el Evangelio. Muchas curaciones tienen lugar lejos del taumaturgo,—el siervo del centurión. (Matth. VIII 5-13, Luc. VII 1-10), la hija de la Cananea. (Marc. VII 24-30),—y aquí notemos que el aserto del Dr. Grasset es formal: “un sujeto que no ve ni oye a su magnetizador, que no está en comunicación con él por alguna vía sensorial natural... no puede ser ni adormecido ni sugestionado”. Cuando el enfermo se halla en presencia de Cristo, se despierta su fe religiosa antes que la confianza de ser curado; y jamás no crea ese estado de receptividad” que los hombres competentes—les hemos visto en la aplicación de sus métodos—determinan con una incansable perseverancia antes de inculcar las ideas curativas.¹ Y sabemos, por otra parte, que Jesús provoca el acto de fe solamente después del milagro o lo pide a los parientes, a los amigos, a los allegados del paciente. (Matth. VIII 5-13, XV 21-28. Marc. VII 24-30, Luc. VIII 1-10, V 17-33); frecuentemente hasta ni hace alusión alguna. (Matth. VIII 3-4. Luc. XVII 11-19. Marc. VII 31-37, VIII 22-26, X 46-52).

Asimismo, la AUTO-SUGESTIÓN,² no cura la lepra ni la ceguera fisiológica,³ y menos aún apacigua las olas revueltas ni multiplica los panes, ni hace que las redes no se rompan al peso de los peces cogidos. Es decir, en

1 Cfr. Pablo Buysse, *La Iglesia de Jesús*.

2 Se objeta alguna vez, como prueba de que Cristo no curaba sino los autosugestionados, un pasaje de S. Marcos, VI 5-6: “(En Nazaret) no pudo hacer milagro alguno... Se admiró de su incredulidad”. Mas el texto paralelo dice menos: “No hizo muchos milagros en este lugar, a causa de su incredulidad” (Matth. XIII 58). Nada hay ahí que deba turbarnos. La fe no podría ser una causa de curación, del modo que nuestro estudio lo demuestra (*La Iglesia de Jesús*, pp. 269-270); es ella simplemente una condición reclamada por el Maestro quien para dar cumplimiento a su obra espiritual, toda moral, exige una preparación del mismo orden. S. Juan (II 23-25) lo escribe netamente: “Muchos creyeron en él viendo los milagros que hacía. El, al contrario, no tenía fe en ellos, porque les conocía a todos, y porque no tenía necesidad de que se le rindiera testimonio con relación al hombre: porque El, sabía lo que había en el hombre”, no hallaba ahí siempre disposiciones suficientes.

3 Acerca de la lepra y de la ceguera, consúltese Lagrange, *Ev. selon S. Marc.*, p. 27 y p. 268; el mismo autor comenta sabiamente los milagros cósmicos (pp. 119-221, 158-164, 191-194). Cfr. los comentarios de Rose, Durand, Huby, y la *Vida de N. S.* por Fillion.

el peor caso, quedan en el activo de Jesús sobrado número de milagros para legitimar su título de mensajero divino. Mas, ¿a qué distinguir? El "Hibbert Journal" descorazona a los partidarios de una selección. "Si hay, dice, para una porción de espíritus modernos, grandes dificultades filosóficas en admitir los milagros evangélicos tales como nos son referidos, y si hay, por otra parte, dificultades críticas enormes en rechazarlos en bloque, los sabios que distinguen, y admiten solamente las curaciones por sugestión no resuelven nada y asumen por su cuenta las dificultades de las dos posiciones." ¹

Después, 2.º) *a priori*, la hipótesis de los racionalistas parece inadmisibile. La Palestina no era un Instituto Mental, ni un país de histéricos y neuróticos. Aún si se sostenía esta opinión, sería menester atribuir a Jesús una facultad milagrosa de diagnóstico.² Si no quería incurrir en desaciertos que habrían desacreditado su misión, debía discernir las enfermedades susceptibles de experimentar su influencia personal, de su acento autoritario, para no ejercer su poder sino con golpe certero. Su seguridad intrépida y el perseverante entusiasmo de las multitudes garantizan que salió airoso.³ Pero también esta intuición infalible participa del prodigio, y menester es explicarla; exactamente como ocurre con los milagros, nos coloca ante lo sobrenatural.

1. "Creo yo para que halle manera de efectuarse que es menester a la "faith-healing" sujetos especiales y enfermedades especiales, de aquellas que son justificables por la influencia que el espíritu posee sobre el cuerpo." Dr. Charcot. *La foi qui guérit*, p. 37. Cfr. Pablo Buysse. *La Iglesia de Jesús*, p. 229. R. J. Ryle. *The neurotic theory of the miracles of herling*, n.º de abril 1909. Citado por el R. P. Allo.

2 "El tratamiento sugestivo permanece muy frecuentemente impotente... sobre todo cuando la afección es muy antigua y el sistema nervioso ha contraído el hábito invencible." Dr. Bernheim, *Hypnotisme, suggestion*, p. 393. Cfr. *La Iglesia de Jesús*.

3 "...menester es decirlo bien, los resultados obtenidos son pasajeros; la sugestión puede restaurar la función, en tanto que la lesión no la ha definitivamente abolida, en tanto que la turbación de esta función no es sino una turbación orgánica yendo más allá del campo de la lesión; la sugestión no traba la evolución orgánica de la enfermedad; muy frecuentemente no produce sino un mejoramiento transitorio... y un momento llega en que la sugestión no puede ya nada." *Ibid.*

C.) a) Queda una hipótesis de la cual hemos de hablar, aunque con repugnancia: la de la superchería. Mas Jesús obra sin aparatosidad; ahoga el clamoreo de sus obras;¹ propónese por doquiera manifestar más su bondad que no su poder. Ahora bien, los orgullosos y los engañadores siguen una conducta completamente opuesta.

b) No obstante, insisten los adversarios, si Cristo no ha tal vez enseñado, ha por lo menos tolerado el error que atribuye a seres sobrehumanos y espirituales ciertos estados patológicos en los cuales la gran historia juega un papel considerable bajo las formas más variadas; ha osado hablar y proceder² como si allí hubieren POSESIONES DIABÓLICAS.

Pruébese antes que ellas no existen, con *Lucas el médico* el cual las distingue cuidadosamente de las enfermedades naturales (IV 40-41, VI 18, VIII 22, XIII 32, Actas V 16, XIX 12). Y si se recusa esta autoridad sin patente, de Bernheim o de Charcot, que se responda a esta cuestión: ¿cuál es la enfermedad que en el momento en que va a desaparecer, arroja violentamente en el suelo, como si fuera un muerto, al que había sido durante largo tiempo torturado y cuya crisis espantosa obedece inmediatamente a una presión de la mano? "Jesús, refiere Marcos (IX 25), hace levantar al joven y éste se mantuvo en pie". Los ataques nerviosos y de histeria pronunciada que habemos podido observar, terminan, por el contrario, con la postración de las fuerzas.

1 Quiere de esa suerte contener un entusiasmo que sobreexcitaba las aspiraciones de los Judíos a un mesianismo muy rastrero, carnal y glorioso. Todavía, los testimonios podrán hablar en tiempo oportuno. (Marc. IV, 22.)

2 "En lugar de los métodos entonces aprobados, frecuentemente muy discutibles, siempre lentos, complicados y precarios, Jesús usa de procedimientos sumarios y soberanos... Por la sencillez, por la eficacia, por el imperio, que atestiguan en ese dominio confuso y misterioso en que una fuerza inteligente pone en jaque los esfuerzos humanos, los procedimientos del Maestro no difieren menos de los exorcismos a la sazón en uso que su manera de curar los otros males, no difería de la terapéutica habitual." De Grandmaison, *o. c.*, col. 1.465. Cfr. Lagrange, *Ev. selon S. Luc.*, pp. 251, n. 39-257.

—c) Mas, dicen aún los racionalistas, salvo una discreta protesta (Matth. IX 24), Cristo ha permitido que se acreditara su PODER DE RESUCITAR A LOS MUERTOS; y ello no es leal, puesto que sabía sin duda que la hija de Jairo y el hijo de la viuda, en Naím eran casos de simples catalepsias...¹

¿Será que la suerte nos favorece? En el corto espacio de tiempo de la historia evangélica y apostólica, se halla cinco veces — (Luc. VII 11-17, Matth. IX 18-19, Juan XI 1-46, Hechos IX 36-42 y XX 6-12)—esta misma circunstancia, ese mismo *lance inverosímil* de un letargo que, habiendo permanecido ignorado de todos aquellos que se habían ocupado del paciente, cede a la primera palabra del enviado divino y da lugar a creer en una verdadera resurrección!² ¡Oh! la *ciencia médica* humilla nuestra vanidad despierta a todos los vientos. “Aún en el letargo más completo, escribe el Dr. Knur, el corazón late aún, aunque muy débilmente; la respiración continúa, aunque de una manera muy ligera; la rigidez de los miembros puede simular la de la muerte, pero faltan la humedad y la frialdad del cuerpo. Además, en la mayor parte de los casos, indicios aislados de vida son perceptibles por los circunstantes: el abrir y cerrar de los párpados, el cambio de dirección de la vista, etc... Debemos hacer notar finalmente que un letargo completo no se desarrolla sino gradualmente.” Y el sabio autor concluye sin ambages: “un letargo que se llega a confundir con la muerte y que, súbitamente, por medio de una simple palabra, se transforma en completa curación, no lo conoce la experiencia de los médicos.”³

* * *

Queda, por lo tanto, demostrado que **los milagros de Jesús son irreductibles a las explicaciones naturales.**

E igualmente

¹ Cfr. Lagrange, *Ev. selon S. Luc.*, pp. 208-212, 256; *Ev. selon S. Marc.*, pp. 134-140.

² Zeller.

³ *Christus medicus?*, pp. 72, 73.

LAS PROFECIAS

con que ha acompañado aquí y allí sus discursos. Porque, dependiendo de causas libres y por consiguiente sin poderse naturalmente prever, los acontecimientos que anuncian de una manera clara, con hartos pormenores, *veremos como se van cumpliendo* en conformidad con el fin religioso que se había propuesto Jesús.

a) Examinemos en primer término las predicciones que se refieren a la PASIÓN Y LA MUERTE DEL MAESTRO. Bajo la influencia de los letrados, las multitudes — y permítasenos la repetición — profesaban un Mesianismo optimista.¹ El Targum oficial de Jonathan ¿no había consagrado esta falta de lógica hasta el punto de atribuir los diferentes pasajes de un mismo capítulo de Isaías, el LIII, bien al Mesías, bien al pueblo judío, según que dejan entrever perspectivas de grandeza y de poder o de sufrimiento y de humillación? Cuando Cristo juzgó conveniente notificar en tres ocasiones, y claramente, su muerte ignominiosa, los Apóstoles no quieren saber nada acerca de ese tema: los deseos de su corazón formaban en derredor de su espíritu una impenetrable coraza. Si es posible que una selección de personas haya a la sazón entrevisto al Redentor espiritual, al Redentor que sufriría y moriría, y que Jesús, el Jesús de los racionalistas, se haya realmente elevado hasta esas puras concepciones—, sin tocar aquí el problema de la conciencia mesiánica, problema insoluble si Cristo no es sino un hombre,— preguntaremos después de la lectura de ciertas particularidades, la traición de uno de los Doce (Marc. XIV 20), la cobardía de Pedro (V, 30), de Pedro el impetuoso, delante de una sirvienta y ello en la hora fijada,² el abandono de parte de los discípulos (V, 27). los salivazos y los azotes (Marc. X 34), la forma del

1 Cfr. Pablo Buysse. *La Iglesia de Jesús*.

2 Jesús precisa el tiempo de las negaciones: ello será, durante esta misma noche, entre los dos cantos del gallo. "En Jerusalén, dice el

suplicio quizás (Marc. VIII 34, et loc. parall.): ¿qué signos permitían desentrañar su presagio, *que inteligencia genial podía pues conjeturarlas?*

De igual modo b) el desenvolvimiento histórico, la penetración social, la expansión geográfica, el triunfo veinte veces secular del cristianismo, todo lo que anunciaban las profecías tocante al REINO, desafiaba las previsions más sagaces, todo ello era pura quimera, inverosimilitud absoluta.¹

De la misma manera también c) la predicción de la SUERTE QUE AMENAZABA A LA CIUDAD SANTA. En los momentos en que Jesús la hería con anatema, Jerusalén vivía días tranquilos y prósperos. "Longe clarissimam urbium Orientis", escribía Plinio a su propósito.² Su gente se sujetaba a una dominación extranjera que respetaba sus costumbres y el culto nacional. *Nada pues hacía augurar un levantamiento asaz general y asaz violento para que un Tito viniera a degollar muchedumbres de Judíos y a destruir el Templo.*

Ahora bien, ved como las palabras del profeta se realizaron hasta en sus menores particularidades. He ahí que aparecen los falsos Mesías los cuales, según Josefo refiere, excitaron, durante el sitio, a sus conciudadanos a una resistencia desesperada, y vinieron a ser así los fomentadores de una mayor catástrofe.³ Guerras civiles, agrega, dividieron cada ciudad en dos

P. Lagrange, a fines de marzo o a primeros de abril, se oye el canto del gallo hacia las tres y hacia las cinco y media de la mañana.—Recordemos por otra parte la unción en Betania, el embalsamiento anticipado del cuerpo de Jesús para la sepultura: "En verdad, os lo digo, en todas partes donde será predicado el Evangelio, en el mundo entero, lo que ella ha hecho, será también referido, en memoria suya" (Marc. XIV 9). Ni el acto con todo era clamoroso, se exclama S. Juan Crisóstomo, ni la persona eminente, ni los testigos numerosos, ni el lugar llamativo: es cosa esa que no ocurrió en un teatro, sino en una casa particular, delante de diez personas. Nada de todo ello ha prevalecido: esta mujer es más célebre en adelante que todas las reinas y todos los reyes, y jamás el curso de los tiempos abolirá el recuerdo de lo que ella ha hecho". *Adv. Judæos* V 2 (P. G. 48, 885). Citado por L. de Grandmaison, o. c.

1 Pablo Buysse, *Cfr. La Iglesia de Jesús.*

2 *H. N. V.* 15. Tácito. *Ann.* V II.

3 *Ant.* XX, V 1, VIII 6. Acerca de la existencia indiscutible de los falsos Mesías en esta época, *cfr. Lagrange, Le Messianisme chez les Juifs*, p. 21 s. s.; Huby, *Ev. selon S. Marc.*, p. 302.

campos enemigos.¹ Entre tanto, el suelo tiembla, el hambre y la peste difunden sus estragos.² Mientras que Vespasiano vuelve a apoderarse de Roma, los cristianos son dispersados, sus jefes, Pedro, Juan y Pablo son encarcelados, Esteban y Santiago el Mayor son sentenciados a muerte.³ Mas Tito llega. La nación judía habíase congregado en Jerusalén para celebrar las fiestas de la Pascua. El general romano estrecha el sitio de la ciudad y la conquista. Once mil hombres perecen. Ochenta y siete mil sufren los suplicios más crueles o bien incurren en esclavitud. Tres veces casi, la ciudad es arrasada enteramente. El Templo es incendiado. Allí mismo donde había morado el santuario, los soldados plantan sus águilas, dioses de las legiones, y les ofrecen abominables sacrificios.⁴ A no tardar, el arco de triunfo de Tito y las medallas "Judea capta" consagraron el triunfo del Imperio. Con ello ha llegado a su término la vida nacional al igual que la vida religiosa de Israel; el sacrificio ha cesado para siempre, y Jerusalén no existe más como ciudad del Gran Rey; los siglos van pasando sobre la tumba del viejo pueblo de Dios.⁵

1 *Bell. Jud* II XVII 10 XVIII 1-8. "Se han recordado las expediciones de los Romanos contra los Partos, en el interior del Imperio la guerra civil que estalló hacia el final del reinado de Nerón, levantó provincias contra provincias, legiones contra legiones, e hizo perecer sucesivamente, en el curso de los años 68 y 69, los emperadores Nerón, Galba, Otón, Vitelio; en Judea, las revueltas repetidas contra los Romanos, sobre todo a partir del gobierno de Ventidio Cumanus (48-52); en tiempos del último procurador Gesio Floro, desde el año 66, los comienzos de la gran guerra que debía acarrear la ruina de Jerusalén; los desórdenes y las mortalidades entre Griegos y Judíos en Alejandría, Ascalón, Ptolemaida, Cesárea, Tiro, Hippos, Gadara, Damasco; en pleno imperio de los Partos, la gran insurrección de los Judíos bajo el caudillaje de los dos hermanos Asineo y Anileo, que no fueron reducidos sino después de batallas en toda forma". Huby, *o. c.*

2 Tácito, *An.* XVI 13. Josefo, *De Bello Jud.* V, XII 13, VI, I 1. "Desde el año 30 al año 70, temblores de tierra han sido señalados en Asia-Menor, en Acaya, en Macedonia, en Creta, en Italia. En los años 61 y 62, las ciudades de Laodicea, Coloses, Hierapolis, fueron particularmente sacudidas y asoladas. En 63, conmociones subterráneas estremecieron las ciudades agrupadas en derredor del Vesubio, Nápoles, Nuceria, Pompeya, Herculano. Bajo el reinado de Claudio, una gran hambre desoló el imperio y especialmente la Judea". Huby, *o. c.*

3 *Act. passim.*

4 *Bell. Jud.* V III 1 VI IX 3 VIII 4. Tácito, *An.* II, 17.

5 Lepin, *Jésus Messie et Fils de Dieu*, p. 383.

Tanto como los milagros, se subtrae a las explicaciones naturales ese don que Jesús tenía de leer, en lo porvenir, como en un libro abierto, los acontecimientos que produciría el juego mutuo de las voluntades libres.

Mas por cuanto existe una desproporción manifiesta entre los efectos que acabamos de registrar, profecías o prodigios, y las fuerzas físicas o psíquicas del hombre, la cuestión viene a quedar planteada evidentemente de este modo: ¿es menester remontarnos sobre todo el orden humano y elevarnos hasta a Dios?

**Estas obras de Cristo
podemos atribuir las
a una intervención divina.**

*Nada que sea indigno, nada que sea pueril, o caprichoso, las desdora.*¹ A las observaciones que hemos ya consignado y que demuestran en cuán alto grado Jesús repudiaba el orgullo y el egoísmo cuando manifestaba su poder, no añadiremos sino un detalle. *Las multitudes sienten confusamente la presencia de Dios.* Dejando para los fariseos las señales extraordinarias en el cielo, aquellas multitudes experimentan un respeto tal, una tan grande confianza que no van en busca ni de la satisfacción de su curiosidad ni en busca de una emoción mórbida: sólo la necesidad de confortamiento las anima, o la solicitud de una luz más viva. Al mismo tiempo que su sentimiento religioso se depura más y más, un soplo misterioso las lleva a lo largo de una vida mejor.—Ahora bien; no es por los frutos que se conoce el árbol? (Matth. VII 17-20).³

1 Léase nuevamente: Pablo Buysse, *La Iglesia de Jesús*.

3 Comparad Pablo Buysse, *La Iglesia de Jesús*, pág. 288 b) y c).—
Por su esplendor, los milagros del Evangelio atraen las miradas de

Y ¿qué importa que muchos entre estos testigos inmediatos suspendan su adhesión o la repriman violentamente? Scheeben nota muy bien a este propósito que la interpretación de las señales “depende esencialmente de la claridad, de la vivacidad, de la fuerza de nuestras disposiciones morales, sobre todo de nuestro amor por la verdad”. Al revés, “si estas disposiciones morales no existen, si el espíritu teme la verdad o se amedrenta de ella, esfuérsese en romper el vínculo viviente que enlaza estas señales con la autoridad de Dios; se deja persuadir de que estas señales no vienen de él, o que no las emplea como testimonios de su revelación.”¹

De nuestra parte, después de leales investigaciones, lo confesamos sin reticencias:

Los milagros y las Profecías débense atribuir a una intervención divina.

Dios solo domina los agentes naturales brutos o vivientes, cuya inercia o debilidad fatalmente se han opuesto siempre a los esfuerzos conjugados de las criaturas. Si pues un hombre interviene en los fenómenos, para dirigirlos en un sentido imprevisto, hacia un fin religioso, con fuerzas que exceden evidentemente a los recursos humanos, no dudéis de ello, las toma del poder infinito. “Ubi est Deus tuus?”. Los milagros le muestran y son un resplandor, dice Pascal.

aqueellos que están más alejados de creer, más indolentes o más frívolos. Por su valor simbólico, hacen comprender mejor las enseñanzas de Cristo (Luc. V 10). “Por su ser físico, van a promover la obra de la redención y de la salvación. Los espíritus malignos son reducidos a sujeción, contradichos, arrojados; las enfermedades y todas las taras del pecado original son eliminadas, mitigadas, vencidas; el mal, bajo todas sus formas, retrocede. El imperio ejercido en otro tiempo por el primer hombre, y la imagen del cual flotaba como un hermoso sueño delante de los ojos de la humanidad envejecida, volvía a aparecer súbitamente como en una aurora, prenda y principio de la Redención total, en la que almas y cuerpos serán verdaderamente y para siempre librados de todo mal.” De Grandmaison, *o. c.*, col. 1.470.

1. *La Dogmatique*—trad. Belet, t. I, p. 291.

Dios, solo anuncia también, anticipadamente, acontecimientos que no tienen relación alguna inmediata, directa y necesaria con las causas actuales presentes. Porque El es eterno, ve lo que será como ve lo que fué, y lo puede revelar. Si pues uno anuncia lo que no puede ser previsto, es porque se hace eco de la divina palabra; si posee de los futuros libres un conocimiento cierto, menester es que una iluminación interior, con imágenes apropiadas a sus condiciones mentales le hagan confidente de la ciencia infinita.

**Ahora bien; Cristo ha hecho valer
sus predicaciones y sus prodigios
como otros tantos signos aplicados,
por Dios mismo, sobre su persona y su misión.**

A partir de lo cual se nos impone, clara e irrefragable, la conclusión siguiente:

Jesús es el Legado de Dios.

Porque su presciencia y su poder, ¿las pondría Dios al servicio del error y del mal? ¡Qué blasfemia!

SI JESÚS NO ES SINO UN IMPOSTOR, SI HA USURPADO TODAS LAS SEÑALES DE UNA DELEGACIÓN AUTÉNTICA, con el privilegio de coronar, transfigurándolas, las lecciones del Antiguo Testamento y de legar a los siglos la substancial verdad de que viven.

O BIEN DIOS NO HA PODIDO IMPEDIRLO, impotente para castigar esta locura sacrílega,

O BIEN DIOS NO HA QUERIDO HACERLO, indiferente como habría estado, en el fondo, a una tal impostura. No obstante, esta audacia y esta impostura iban dirigidas a cambiar radicalmente el pensamiento religioso, a dar a las costumbres otro curso, a seducir muchas almas nobles, a mantener de ilusión los deseos, las angustias y los dolores de la humanidad. "Porque "en

viendo a un hombre llevar a cabo obras que no son posibles sino al Creador, se mantiene uno persuadido que sus decires son tan divinos como sus actos, observa S. Tomás, como se cree sin vacilar, al ver en manos de una persona determinados papeles refrendados con el sello del rey, que aquello que está incluido en estas páginas es la expresión fiel de la voluntad real.”¹

¡Qué menosprecio no se acarrearía un soberano, que, sea por indolencia, sea hasta por apremio, legalizara con su sello las cartas de un falsario! Y ¿se quisiera que Dios, la absoluta Verdad y Bondad por esencia, Dios, el omnipotente, se hiciera cómplice de una irremediable mistificación blasfematoria? Que se nos perdone este razonamiento por lo absurdo.

Pfleiderer² expresaba un día la esperanza que los milagros del evangelio (y las profecías) serían luego relegados del dominio de los hechos, al del arte, y que pasarían de las páginas de la historia a las vidrieras de las catedrales. Allí están, allí permanecerán sin duda hasta el finalizar del mundo; mas no como el temerario crítico había osado presumirlo. Si constituyen para el hombre un objeto de alborozamiento estético, sobre todo son una apelación a su creencia. ¿No recuerdan, en efecto, que

**La Persona y la obra de Jesucristo
se presentan al hombre con garantía divina,**

y que, por lo tanto,

menester es recibirlas como un don del cielo.

* * *

Esta demostración se la puede llevar más lejos.

I. “Los demás taumaturgos, dice el P. Monsabré, no van al encuentro de los prodigios, esperan la orden

¹ S. Th. III 9. LXIII art. 1.

² *Geschichte der Religionsphilosophie*, p. 62.

de Dios... Imploran su poder con sollozos y lágrimas... No reciben sino temblando la comunicación de su poder, y sienten tan bien que este poder les es ajeno que alguna vez dudan, vacilan y ejecutan las órdenes recibidas.¹ Recuérdese al profeta Elías en su comportamiento con la viuda de Sarepta (III Reg. XVII), a Eliseo en su conducta con la caritativa Sunamitis (IV Reg. IV), a san Pedro en el Templo (Act. III 6)."

Pero Jesús no conoce jamás la incertidumbre. Ruega, mas es para atestiguar o dar gracias.

Habla en su nombre personal: "Volo..." "Mundare..." "Adolescens, tibi dico: surge."

En cuanto al desenlace de los acontecimientos, jamás le preocupa. *Nada detiene su fuerza milagrosa.* La siente brotar a borbotones en el interior de sí mismo.

La domina, y puede hasta comunicarla a sus apóstoles...

II. De igual modo cuando Jesús profetiza,

su mirada abarca con igual penetración los resultados generales y los acontecimientos particulares, de lo cual los "Nebiiim" se muestran casi siempre incapaces.

Estos reciben, por otra parte, las comunicaciones divinas con intermitencia. Cristo, en cambio, goza de ellas de una manera ininterrumpida; porque todas sus palabras tienen un sentido profético, refiriéndose todas ya al triunfo futuro de su doctrina, ya al establecimiento de su Iglesia en el universo entero o a la condición de sus discípulos entre los hombres.

Finalmente, si los videntes de Israel encabezan su mensaje con la fórmula: "He aquí lo que Dios dice", el Maestro habla siempre con autoridad personal: el cielo y la tierra pasarán, mis palabras permanecerán por siempre jamás.

¹ *Carême*, 1880, p. 183.

Esta doble comprobación aviva un argumento a favor de la divinidad de Cristo. Lo indicamos sin desarrollarlo, porque una otra tesis debe, lógicamente, tener cabida aquí en nuestra demostración progresiva: Jesús no es solamente un enviado de Dios, es el legado de Dios por excelencia, su plenipotenciario, el Mesías.

CAPITULO SEGUNDO

Jesús fundador de la Iglesia Católica es el delegado de Dios por excelencia, el Mesías o Cristo

El profetismo de Israel es la obra de Dios.

Ahora bien, este profetismo ha tenido por fin principal el preparar los caminos a Jesús.

Menester es, pues, deducir de ello que Jesús es el Cristo de Jahvé, el término hacia el cual la Sabiduría y el Poder divinos han encaminado, durante los siglos antiguos, al pueblo que habían ellos elegido.

—Apliquémonos a desarrollar este argumento, de suerte tal que el lector se convenza sin tardanza de la verdad de nuestra tesis.

I

EL PROFETISMO DE ISRAEL ES LA OBRA DE DIOS

¿Cuál es, pues, la preeminencia de los judíos?

En primer lugar, les fueron confiados los oráculos divinos.

San Pablo

EL PROFETISMO DE ISRAEL

LOS PROFETAS

A) Hubo entre los Judíos, desde la época de Samuel y sin duda gracias a él, corporaciones o Comuni-

dades de Profetas. Los "nabi" (en plural "nebiim")¹ se entregaban a piadosos ejercicios; cantaban las alabanzas de Dios, danzaban, cultivaban la música religiosa y estudiaban la Ley; en su acción exterior, valiéndose de discursos ardientes, con frecuencia acompañados de alguna representación impresionante,² excita-

1 Los mejores gramáticos relacionan en verdad la palabra "nabi" con un verbo que significa hablar ("nabu" en asirio, "nababa" en etiope, "nabba'a" en lengua árabe). Designa, pues, genéricamente el que pone su palabra al servicio de Dios.

—¿Los "nebiim" recibían, como lo han pretendido los racionalistas, una educación especial en "unas especies de seminarios"? No se puede ya sostenerlo después de los trabajos de un Gesenius-Brown, de un Driver, de un Davidson y de un Kautzsch. En efecto—las expresiones análogas de la lengua asiria, del griego y del siriano lo demuestran—, los "hijos de los profetas" no son discípulos, estudiantes que frecuentan una escuela superior, sino que son un grupo de individuos pertenecientes a tal o cual clase de hombres, a tal o cual profesión determinada. Usaban algunas señales distintivas, el manto de pelo y el ceñidor de cuero, diversos tatuajes y cicatrices. Aun cuando pudieran contraer matrimonio, los "nebiim" vivían en común, al lado de los santuarios ilustres. En ciertas ocasiones, fijadas por el calendario litúrgico o por sus reglas y usos, a veces por un rey que deseaba consultarlos o por su jefe, disponíanse a recibir "el espíritu de Dios", a saber, una brusca conmoción de entusiasmo religioso, cuyo origen el escritor sagrado lo atribuye a Jahvé, causa primera de todo ser. De ordinario, "el espíritu" no visitaba a un "nabi" aislado.—Cfr. Tobac. *Les prophètes d'Israël*, t. I, cap. I y II, *Dict. Apol. de la Foi cath.*, fasc. XX, *Condamin Prophétisme israélite*, col. 392-393. L. Gautier *Introduction à l'A. T.*, I, pp. 313-314, *Collationes Gandavenses* junio 1923, P. van Imschoot *Faut-il distinguer deux catégories de prophètes?*, pp. 80-85. *Bulletin de littérature ecclésiastique* mayo-junio 1924. L. Desnoyers. *La religion sous les trois premiers rois d'Israël*, pp. 191 s. s.

2 El R. P. Calès (*Recherches de science religieuse*, marzo-abril 1923, p. 176) echa en cara a M. Desnoyers de haber pintado los profetas profesionales según el rancio modelo racionalista. Mas M. Desnoyers, en un estudio sabiamente documentado (o. c., pp. 199-200) explica y justifica su manera de ver, del todo aproximativa. "Los nebiim—dice—perdían, si no la consciencia, a lo menos el perfecto dominio de su personalidad... Una sobreexcitación extraña e incoercible se apoderaba de ellos y se manifestaba, con alguna verosimilitud, por una agitación parecida a la de un hombre fuera de sí, con un paso danzarino o, al contrario, rígido e irregular, con unos balanceos más o menos amplios y cadenciosos, por cantos vigorosos o aclamaciones fervientes, tal vez también por medio de palabras y de exclamaciones obscuras, o hasta alguna vez mediante una gesticulación desordenada..." Como los ayunos, las vigiliyas y las macepciones preparaban al místico para el éxtasis, así la música ayudaba y entretenía la agitación extática de los hombres del espíritu. "Música intensa, en la que los instrumentos con cuerdas, dominados por las flautas, sostenidos por los tamboriles, producían con su ritmo amartillado, ora sosegado, ora furibundo, esa languidez deprimente o esa sobreexcitación enervadora a la que no se mantiene insensible nadie de los que escuchan la música totalmente parecida del Oriente moderno".—El P. Condamin no va tan lejos. "Si uno ha de atenerse a una comparación, escribe, en lugar de hablar de derviches vocingleros, repárese mejor en las predicciones y en las procesiones del tiempo de la Liga, y, en nuestros días, en el Ejército de Salvación."

ban al pueblo a la fidelidad para con Jahvé¹ y a la observancia de los preceptos morales; quizás también enseñaban los principales hechos de la historia nacional. Para entrar en estas agrupaciones, para ejercer el ministerio tal como lo hemos descrito, no era menester vocación sobrenatural alguna, ni hasta alguna luz especial, porque de derecho, los nebiim no precedían el porvenir.² Dios escogió sin embargo más de una vez de entre ellos a los hombres a quienes quería encargar una misión divina.

B) Solos, los PROFETAS DE VOCACIÓN PERSONAL nos interesan aquí. Jahvé les toma de donde les place, sin condición de nacimiento, de sexo ni de edad, de fortuna o de educación. En la mayor parte, la vocación es permanente y definitiva. Si hablan, se apoyan en las órdenes de Dios. Las gentes acuden a ellos para consultares, aun a propósito de negocios temporales. En algunas ocasiones, aparecen espontáneamente, como nuncios intempestivos, en medio de la multitud, bajo el pórtico del Templo, en el palacio de los reyes; y he aquí que reprenden los crímenes o profieren amenazas, consuelan a los oprimidos o reaniman los ánimos con milagros, con predicciones de cumplimiento no lejano, teniendo por garantía las promesas que hacen a Israel de una restauración grandiosa y de un porvenir brillante.³ Son entonces "videntes", u "hombres que contemplan".

1 "Su misión esencial consistirá en proclamar bien alto: Jahvé es el Dios de Israel, Israel es el pueblo elegido de Jahvé—y en deducir las consecuencias prácticas para la vida pública y privada." Tobac, *o. c.*, t. I, p. 10.

2 Cuando se ve que "profetizan", menester es acordarse de que el verbo naba, sobre todo en la forma hithpael, significa de ordinario manifestar un entusiasmo religioso por medio de palabras, de cantos, de ademanes, en un estado de exaltación o de éxtasis, sea bajo la influencia del espíritu de Jahvé, sea bajo la influencia de un mal espíritu..." Condamin, *o. c.*, col. 394.

3 Su cometido puede, pues, resumirse en dos palabras: predicación y predicción. Los racionalistas desconocen la predicción; fijándose, sobre todo, por no decir exclusivamente, en las palabras de los profetas que miran de hito en hito o parecen mirar el porvenir mesiánico, no pocos cristianos olvidanse de que "el hombre de Dios" era también un predicador, ejerciendo una acción religiosa y moral.

Nuestra palabra "profeta", derivada del griego,¹ no admite sino esa sola acepción.—Ahora,

LA DOCTRINA DE LOS PROFETAS

—profetas en el sentido estricto,—que hallamos sobre todo² desde el siglo VIII al siglo V antes de Jesucristo, despierta una profunda admiración, porque constituye el más rico patrimonio de las verdades morales y religiosas que la humanidad haya recibido antes del Evangelio.

a) Desde el PUNTO DE VISTA MORAL, qué sorpresa no causa oír en el siglo VIII una voz vengadora, la de Amós, boyero de Tegoa, quien se sustenta de sicomoros, al levantarse contra el despotismo de los grandes, tan formidable sin embargo. Acreeedores inhumanos (II 6-8), mujeres ricas y disolutas, duras para con los pobres (IV 1), traficantes de géneros alterados en la calidad o en la medida, (VIII 5-6), son denunciados todos, y su voz les reprende y les amenaza cruelmente (III 3-8, 9-13, IV 2, VIII 12), y con tanto acierto que Renán ha se aventurado a escribir esta chanza malsonante: "Se puede decir que el primer artículo de diario intransigente, ha sido escrito 800 años antes de Jesucristo y que es Amós quien lo ha escrito.—Poseemos, prosigue el mismo, de este patrón de los publicistas radicales, una decena de diatribas que deben contarse entre las páginas más raras que nos haya legado la remota antigüedad. Es ella seguramente la primera voz de tribuna que el mundo haya oído."³ Y si un lenguaje de tanta fantasía como el que usa Isaías,

1 Etimológicamente: hablar por, sin nada más.

2 Por simplificar las cosas, pasamos en silencio a Moisés, quien es a los ojos de todos un verdadero profeta, Débora y Samuel en tiempo de los Jueces, Natan y Gad en la corte de David, Aquiaz en la de Salomón, y hasta el célebre Elías y su discípulo Eliseo (cerca de 860-800 años antes de Jesucristo). Antes del destierro, Amós, Isaías (620-580) profetizan en el reino de Judá. Ezequiel e Isaías (en su segunda parte) se dirigen a los cautivos de Babilonia. Ageo y Zacarías ejercen sus funciones de profeta hacia el año 520, después del regreso del pueblo; Malaquías en el V siglo.

3 *Histoire du peuple d'Israel*, t. II, p. 125. Cfr. *Dict. Apol.*, fasc. XX, col. 423-425. *Les prophètes et le Socialisme*.

no fuese la antítesis del nuestro, podríamos añadir que Isaías pertenece a la misma corporación (II 6-8, 9-12 III, 1-26).

Mejor es admirar *el ideal de justicia íntegra* que los videntes no cesan de proponer al común de los hombres. Para Amós, el crimen imperdonable, el supremo trastorno del orden moral, es la prostitución del derecho a los caprichos de los poderosos (V 7-12, 15 VI 12). Una tal abominación indigna a Jeremías y le arranca virulentas imprecaciones (VI 2, VIII 8-13, IX 3-9, XII 1-4, XXIII 10-12, XXIV 8-10). El capítulo XVIII de Ezequiel les hace un eco grandioso y todo ello reposa sobre las prescripciones de la conciencia dictadas por Dios mismo y promulgadas en el Sinaí: menester es ser santo como Jahvé es santo.

b) DESDE EL PUNTO DE VISTA RELIGIOSO, los profetas imponen el monoteísmo, le defienden contra las tendencias idolátricas de la nación. Porque si la idea de un Dios único se halla también en ciertos cultos politeístas,² únicamente los Judíos concibieron un Dios a) distinto de los seres mudables y contingentes, b) necesario, increado, c) maestro supremo de la naturaleza, d) soberano del pueblo que le adora y de los demás que no le conocen todavía, e) que no admite jamás un émulo en el recinto de su templo y encima de su altar. Amós dice que Jahvé ha creado el viento, la tempestad, la mon-

1. EL POLITEISMO reconoce y honra a muchas divinidades. "Los dioses del politeísmo, dice Chantepie de la Saussaye, son numerosas entidades inmanentes en el mundo que personifican las fuerzas y las acciones divinas en el mundo; tenemos aquí el rico y poético desenvolvimiento de la mitología... No es menester calificar de monoteísmo las tendencias a una sociedad monárquica de la sociedad de los dioses, a la monolatría, o a una unidad abstracta del ser divino, tendencias que se han frecuentemente señalado en los diferentes pueblos."

El Henoteísta no adora sino un solo dios (monolatría), mas se muestra dispuesto a doblar las rodillas delante de los dueños de los territorios que halla en los límites de su país, admite que los extranjeros establecidos en él, al mismo tiempo que rindiendo homenaje a su dios, introduzcan con ellos sobre su suelo el culto de sus divinidades. (Touzard.) Salomón vino a ser henoteísta. (I Reg. XI 1-13.)

El Monoteísta adora un Dios espiritual, trascendente por encima del mundo y celoso.

taña y los astros (IV 13 V 8); es, pues, El, y no son dioses particulares los que les gobiernan y que les trastornan algunas veces con una terrible majestad (VIII 8-9, IX 5). Las naciones paganas mismas le deben su origen y son regidas por su justicia eminente (I 1-16, III 9, VII 8, IX). Mas, en el momento del Exodo, ha escogido libremente y especialmente a Israel como a su pueblo predilecto. (II 10 III 1-2). Oseas tiene un lenguaje idéntico (II 7, 10, 11, 14-23 XIII 14, XIV 6-8), muestra hasta qué punto el culto de los Baales y del becerro de oro repugna al carácter de Jahvé. (IV 5-7, VIII 4-6, IX 10-14, X 5-8, XIII 1-2). He aquí ahora la visión inaugural de Isaías (VI): declara la absoluta perfección de Dios que le separa de cualquiera otra criatura. Todos los capítulos de la primera parte (I a XXXIX) enseñan, por otra parte, su unidad, su poder, su omniscencia, su providencia universal, su infinita santidad.¹ A su vez Jeremías proclama estas altas excelencias (X 10 XIV XV), señala también la acción creadora de Dios (X 12-16 XIV 22) y, mejor tal vez que los otros profetas, da el sentido de la personalidad divina (VII 16-19, XI 18-23, XII 1-6, XIV-XV, XVII 14-18, XVIII 19-23, XX 7-18).

Los libros proféticos suministran enseñanzas muy claras acerca de las relaciones de Jahvé con Israel. Jahvé no la ha perdido de vista en sus extravíos (Oseas I 2-9, 11, 18, 21, 22, Jer. II 2 III 1). Ella puede además considerarle como un padre (Oseas—I 1 Isaías I 2). Javé no la ha perdido de vista en sus extravíos (Oseas XIV 2-3), pobre mujer con tanta frecuencia adúltera (II 7-9); no la ha perdido de vista a partir de la salida de Egipto (Amós III, Oseas XI 1-2-3, XII 10, XIII 14, Isaías X 24-26, XI 15-16, Jeremías II 2-7) hasta tanto que no la haya purificado de sus faltas, hasta tanto

1 La expresión "Santo de Israel" la hallamos allí once veces. Designa la misma a) el Ser inaccesible al mal, perfectamente puro, ante el cual el profeta, hombre de labios manchados, y que habita en medio de un pueblo de labios manchados, se siente anonadado; b) el Ser separado y puesto infinitamente por encima de toda criatura.

que su corazón de piedra no haya venido a ser finalmente un corazón de carne y que su Espíritu no la haya poseído plenamente (Oseas XIV 3-5 Isaías IV 4-6). Jeremías llega hasta a descubrir la religión personal; despeja el concepto de un pacto entre Dios y cada alma fiel. Añadamos sin embargo que los privilegios de Israel son gratuitos (Amós IX 7) y que Jahvé también juzga y condena como supremo Señor a todas las demás naciones (I 2-11, Oseas VII 12 VIII 3, 10 X 5-6 XI 5 XIV 2-9).

Con el profetismo, enamorado de la trascendencia del Señor, tiene también relación *la lucha contra el formalismo religioso*. Betel, Dan, Galgala, Bersabé! En cuán alto grado los Judíos se mostraban orgullosos y alborozados por estos santuarios a los que célebres teofanías habían un día llenado de esplendor. Colegios de sacerdotes presidían allí las danzas sagradas, las procesiones litúrgicas, numerosos sacrificios variados. Todo exterior y en tal forma suntuoso, ¿este culto debía sin duda bastar para merecer el favor divino? ¡No, en verdad! Aún en el caso de que nada de sacrilego, ni de cismático con él se mezcle,¹ Jahvé no le tiene por agradable si el Israelita no practica la justicia, si no participa en alguna manera de su propia santidad. “Yo aborrezco y desecho vuestras festividades, declara Amós en nombre del Señor; no me es agradable el incienso ofrecido en vuestras reuniones... si la justicia no corre como un torrente que no se agota” (V 21-24). “Lavaos, purificaos, clama Isaías; apartad de mis ojos la malicia de vuestras afecciones; cesad de obrar mal; aprended a hacer bien; enderezad al opresor; defended a la viuda, socorred al huérfano... cuando extendéis vuestras manos, velo mis ojos de-

1 El culto purísimo del verdadero Dios no rehuía las ceremonias exteriores; los ritos que se desarrollaban en derredor de sus altares tenían fatalmente, y en gran número, semejanzas con aquellos que estaban en uso entre los pueblos vecinos. Había peligro de que al lado de estos ritos, se introdujeran otros que serían peligrosos para la ortodoxia y el verdadero sentido de la religión. Es eso lo que llegó.” Touzard.

lante de vosotros; cuando multiplicáis vuestras plegarias, yo no escucho..." (I- 15-17). "El pecador, dice Ageo, mancha aquello que toca, aquello que ofrece, de la misma manera que el cuerpo de un cadáver al rozar con el hombre. "Los ayunos, responde Zacarías a los enviados de Betel, los ayunos carecen de valor si no van acompañados de un arrepentimiento humilde y sincero". (VII 4-14). Malaquías reclama el desasimiento de todo interés (I 6-14). Jeremías añade a su predicación el ejemplo del culto interior bien comprendido: su oración viene a ser una verdadera conversación con Dios.

Se ha podido hacer notar que los profetas se engrazan unos con otros y se completan mutuamente: "se percibe que colaboran a realizar la educación moral y religiosa de Israel según un plan del que no tienen conciencia, pero que está concebido con una gran nitidez".¹ Para no recordar sino un ejemplo, Amós predica un Dios justo cuya misericordia atempera el enojo, y su contemporáneo Oseas, que pone de relieve a esta bondad divina, muestra que ésta tiene su fuente en el amor. Desenvolviendo la indicación de sus predecesores acerca de que el reino de Jahvé va más allá de las fronteras del pueblo judío y no sigue la fortuna de éste, Jeremías abre este reino indistintamente a todas las almas de buena voluntad, a los hombres que hacen de la religión no una cuestión nacional sino un asunto personal. Si, en lugar de no estudiar sino los profetas que, según confesión de los racionalistas mismos, ejercieron sus funciones de profetas antes del destierro, examináramos la segunda sección de Isaías (XL-LXVI),² Ezequiel, y los videntes post-exilianos,

1 Touzard.

2 Los exégetas católicos defienden la unidad de autor del libro de Isaías. Hagamos constar de paso que la hipótesis racionalista no entorpece nuestra demostración. "Nos complacemos, dice el P. Lagrange, en repetir con S. Pablo y los Padres que toda la pedagogía del Antiguo Testamento conduce a Cristo. Esta fórmula es verdadera si un profeta llamado Isaías ha hecho alusión a este porvenir en sesenta y seis capítulos. ¿No es ella mucho más conmovedora si dos, tres o muchos profetas dotados de un admirable genio, bebiendo en las fuentes de la inspiración divina,

los rasgos principales de: monoteísmo adquirirían a nuestros ojos aun más vigor y relieve. Según Isaías (XL-XV), los dioses del paganismo no existen sino en las estatuas que se les consagran. Al contrario, Ezequiel nos muestra a Jahvé en una esfera inaccesible; su santidad se manifiesta de tal manera que, para regir a la naturaleza inferior, acude al ministerio de seres intermedios (X 18, XL-XLII). Zacarías proclama su supremacía universal; divide la humanidad en dos campos muy desiguales: el pueblo de Dios y el resto de las naciones, hostil a Dios y a los suyos, presto vencido (IX 1-8, 13-17, X 4-12). Mas se trata de matices, lo repetimos, de complemento: el fondo monoteísta se halla en los orígenes del profetismo; desde el principio, no falta allí elemento alguno.

Estas exigencias morales, esta concepción moral de la divinidad, este carácter único, excepcional, que es menester, en verdad, reconocer en la religión judía,¹ ¿de dónde viene? Y ¿de dónde procede igualmente que los pueblos sitos en derredor suyo, no hayan jamás podido elevarse a ideas tan elevadas, a sentimientos tan nobles?

han suspirado en el curso de los tiempos por el Salvador esperado, dando cada uno a su esperanza la nota característica de su tiempo, resumiendo las aspiraciones de todo un pueblo conducido por Dios, a través de tantas pruebas, hacia la salvación prometida? Ya no es solamente una voz y una época, es toda la historia la que se vuelve hacia Jesucristo." *Revue Biblique*, 1901, p. 282.

¹ "Sin duda se pueden sacar a colación puntos de detalle, y no siempre de menor importancia, a propósito de cuáles de entre las concepciones religiosas de tal o cual pueblo pagano vayan al avance sobre las de los Judios; es posible, por ejemplo, que los Egipcios y los Iranios tengan sobre los destinos de ultratumba algunas ideas más precisas que los Israelitas. Dos advertencias, sin embargo, queremos consignar. En primer lugar, una superioridad relativa a un pormenor no podría librarles de la inferioridad absoluta del conjunto; y dado que uno repare en las especulaciones teológicas de la vega del Nilo, nadie llegará a pretender que se daba allí una fe religiosa más perfecta y más pura que en derredor del Templo de Jerusalén. Empero aún hay más. El simple enunciado de un dogma y de sus diversas modalidades no debe él solo hallar cabida en la balanza cuando se trata de semejantes comparaciones; necesario es también hacerse uno cargo del lugar que logra en la vida de las almas y de la influencia que allí ejerce... Por ejemplo, a pesar de la imperfección de sus concepciones en punto a las sanciones de la vida futura, los Israelitas tenían, acerca del ejercicio de la justicia divina en la retribución de los actos humanos, un sentimiento mucho más justo, más fecundo y más moralizador que los Egipcios o los antiguos Iranios." Touzard.

Estaban no obstante mucho más avanzados que Israel en civilización,¹ y ved cómo sus dioses hacen triste figura al lado de Jahvé. Aquellos dioses no existirían sin sus adoradores; y lejos de poder reformarles, llegan hasta a reflejar sus pensamientos con sus pasiones: respirar el perfume de los braseros de metal y el acre olor de los sacrificios, se cifra en eso su estúpida alegría...

Y todo ello, ¿a qué obedece? ¿Es preciso ver en esas realidades

LA OBRA DE DIOS,

o eso mismo se explica, tal vez, como lo pretenden los racionalistas, por

CAUSAS NATURALES?

1. Lo hemos insinuado ya: LA HIPÓTESIS DE UNA COPIA DE FUENTES EXTRANJERAS, no resiste la fuerza de los hechos. Entre los Cananeos, Baal apenas se distingue de las fuerzas que simbolizan, los Astarté favorecen los desórdenes morales más horrorosos, los dioses de los países vecinos invaden el panteón y se agrupan en derredor de un Baal Supremo, SIRIOS, NABATEÑOS, PALMIRIANOS se muestran no menos dispuestos a darles benévola acogida. Otro tanto cabe decir de los ASIRO-BABILÓNICOS.¹ Estos, es cierto, tienen una moral y un derecho superior, aunque encierran monstruosas amalgamas o mescolanzas—tal se advierte en aquel

1 "Por otra parte, es ello una injusticia con detrimento de Israel compararle con esos grandes pueblos, cuya civilización remóntase a los más antiguos tiempos, cuya prosperidad y grandeza materiales excitan aún nuestra admiración. Para hallar verdaderamente la parte igual, necesario es comparar a Israel con los reducidos pueblos vecinos, Ammon, Moab, al máximum con Damasco, la comparación se ha de establecer con las diversas poblaciones anteriormente establecidas en Palestina. Aquí al menos, se da sensiblemente igualdad de potencia política y de riqueza, iguales condiciones de desenvolvimiento y de progreso. Mas en vano se buscaría lo que estos pueblos han hecho por el bien moral y religioso de la humanidad." Touzard.

2 *Los fundamentos de la Fe.*

artículo del código de Hammourabi que reconoce favoritos constituídos oficialmente en una situación infame y a los cuales no se permite tener hijos; ¹ mas estos hermosos príncipes rigen la vida civil, no implican observación religiosa alguna. ² Si estos pueblos cantan himnos de los que algunos podrían tal vez rivalizar con ciertos salmos, ³ permanecen con todo eso vinculados al culto exterior; ⁴ practican la magia y los encantamientos, ⁵ y su diosa Istar excita vivamente sus inclinaciones sensuales y lúbricas. El dios supremo de los Egipcios, variable con las ciudades, no arrebatara tampoco la aureola de las divinidades secundarias, aun cuando se llame Amon Râ o Aten. ⁶ En ciertas épocas, exige de sus fieles la observancia de verdaderas leyes morales, que ceden en valor sin embargo a los preceptos del pro-

1 P. Lagrange, *La Méthode historique*, cap. V.

2 "Se ha podido creer un instante que el descubrimiento del viejo código de Hammurabi iba a poner la Biblia en postura poco airosa. Es cierto que muchas de esas viejas leyes presentan llamativas semejanzas con diversas ordenaciones del Pentateuco, del código de la Alianza en particular. Hasta preciso es reconocer sin vacilación que el conjunto del documento atestigua una civilización material más desarrollada, condiciones sociales más avanzadas que las de Israel en diversos períodos de su historia. Mas que se trate de los principios eternos que presiden a la justicia divina, que se haga alusión, en leyes que recaen de ordinario sobre un otro objeto, a tales o cuales prácticas de la religión, bien prontamente se ha cerciorado uno de que la montaña sagrada sobre la que el viejo rey caldeo comunica con el dios Chamack está indudablemente menos cerca del cielo que el Sinai de Moisés y de Jahvé. También con todo acierto se ha rehusado relacionar estos documentos entre sí, reflexionándose sobre que uno tenía un carácter puramente civil, y el otro un alcance del todo religioso." Touzard. Cfr. los estudios del P. Condamin en *Christus* y en el *Dict. Apol. de la F. C.*, fasc. II, sobre todo col. 360 a 367, la comparación entre el código Hammurabi y la ley mosaica.

3 *Christus*, pp. 524-525, trae un texto interesante. Los Babilonios como los Asirios, dice Morris Jastrow, no se volvían hacia sus dioses sino cuando deseaban obtener algo, protección o curación, libramiento de un mal o favor... La pura alabanza de los dioses, sin otra intención, no existe en el culto asiro-babilónico.—Comparad los salmos israelitas VIII, XVIII, CXLIV, CXLVIII; citamos a la ventura.

4 La gracia del dios misericordioso no es sino el libramiento de la enfermedad. Es eso lo que significa la remisión de los pecados. Curar y perdonar son sinónimos. Es a partir de ahí que es menester juzgar los conceptos de falta y de pecado, de misericordia y de perdón. Alfr. Jeremias.

5 No hay una magia judía, como existe una magia egipcia y una magia caldea, mientras que no existe un dogma caldeo y un dogma egipcio, como existe un dogma judío; los Judíos no creen que haya para ellos medio alguno de obligar a Jahvé a hacer lo que quieren; creen que tienen el deber de servirle por medio de la virtud. Dufourq., *Hist. comp. des rel. païennes et de la rel. juive*, pp. 319-320.

6 Pablo Buysse, *Los fundamentos de la Fe*.